

RELATOS de Semana Santa

ZUAAS



ZUAAS

**Premio Estímulo a la Creación Literaria, Mención Narrativa
Centro Nacional del Libro de Venezuela (CENAL)**



Barquisimeto, Venezuela, 2024

Relatos de Semana Santa

Coordinación, recopilación y edición:
Félix Gutiérrez / Andreína Alcántara

Autores

Yamilet Herrera Dudamel / Isabel Caroto Correia /
Nelson Ures Villegas / José Matheus Briceño /
Benigno Villegas Méndez / Freddy Uquillas
Granados / Fanny Salom Arcila / Andreína
Alcántara Hernández / Eglée Herrera Trompetero /
Zuraya Ramírez Dala / Zaida Pinto Ruiz / Myriam
Collantes de Terán Martínez / Carmen Beatriz
Pacheco / Anahil Hernández Abreu / Flora Ovalles
Villegas / Artidoro Gracia Vilches / Félix Gutiérrez
Canelón



Barquisimeto, Venezuela, 2024

Relatos de Semana Santa

ISBN: 978-980-18-4194-4
Depósito legal: LA2024000087

Imagen de la portada:
Cortesía Pixabay
Autor: Masakazu Kobayashi

Diseño y diagramación:
Andreína Alcántara

Corrección:
Adriana Heras

Edición y producción:

Laboratorio Permanente de Lectura y Escritura
de Microrrelatos Zuaas

IG: @zuaass

Contra Viento y Marea Ediciones

IG: @contraviento_marea
Facebook: @cvymarea
X: @contra_marea

<https://www.youtube.com/@contravientoymareaedicione8873>
contravientoymareaediciones@gmail.com
<https://literaturalibroslecturanovedades.art.blog/>

Barquisimeto, estado Lara

Hecho en Barquisimeto, estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela

Índice

Prólogo.....	7
Del miedo al jolgorio.....	8
Yamilet Herrera Dudamel	
Divino pecado.....	11
Isabel Caroto Correia	
La gloria de aquel sábado.....	12
Nelson Ures Villegas	
El pecado de la carne.....	16
José Matheus Briceño	
El centurión.....	19
Benigno Villegas Méndez	
El susto	21
Freddy Uquillas Granados	
La comida de la Semana Santa.....	23
Fanny Salom Arcila	
Arepas de chigüire.....	27
Andreína Alcántara Hernández	
Dulce Semana Santa.....	30
Eglée Herrera Trompetero	
Dulcísimos días	32
Zuraya Ramírez Dala	
Semana Santa en El Valle.....	33
Zaida Pinto Ruiz	
La visita.....	37
Myriam Collantes de Terán Martínez	
La última cena.....	40
Carmen Beatriz Pacheco	
Carta para la abuela	41
Anahil Hernández Abreu	

Cosas raras de la tía	44
Flora Ovalles Villegas	
A ellas las conocerás.....	46
Artidoro Gracia Vilches	
La quema de Judas	49
Félix Gutiérrez Canelón	
<i>Más relatos santos</i>	
Años de vida.....	52
Goyito.....	54
La olla quebrada.....	56
Semana diablo.....	57
El canto de las chicharras.....	57
Arepa pa'l perico, perico pa la arepa	60
Microbiografías.....	63
Autores.....	65

Prólogo

Relatos de Semana Santa forma parte de una serie de publicaciones sobre épocas emblemáticas del año que iniciamos en diciembre del 2022 con relatos sobre la Navidad. En el 2024 continuamos la tradición al publicar *Relatos de carnaval* y, ahora este nuevo libro, enmarcado en el contexto de la Semana Mayor.

Estas historias breves atesoran como trama el período que va, desde el Domingo de Ramos al Domingo de Resurrección, el cual describe los últimos días de vida de Jesús de Nazaret, el principal referente de la era cristiana.

Los ritos religiosos católicos en Hispanoamérica, América Latina y muy especialmente en Venezuela, así como nuestras particulares costumbres gastronómicas y familiares, forman parte de los veintitrés relatos de este libro colectivo, escrito por diecisiete autores de nuestra tribu narrativa y hermandad literaria, que opera a través del grupo de mensajería instantánea microRELATOS.

El humor que nos caracteriza como hombres y mujeres del Caribe venezolano, es uno de los elementos presentes en esta publicación, pero también las tragedias humanas más asombrosas permeadas por el milagro de la existencia humana. Esperamos que disfruten su lectura.

Félix Gutiérrez / Andreína Alcántara

Coordinadores del Laboratorio Permanente de Lectura y Escritura de Microrrelatos Zuaas y directores de Contra Viento y Marea Ediciones

Del miedo al jolgorio

YAMILET HERRERA DUDAMEL



El diablo andaba suelto en la Semana Santa de mi niñez para llevarse a los pecadores.

La casa se dejaba immaculada antes de que comenzara ese periodo en el que no se podía limpiar ni lavar y mucho menos coser, porque se lastimaban las heridas de Cristo con el filo de las tijeras o las punzadas de las agujas.

Nada de peleas entre hermanos ni decir groserías, pues el color de esas faltas sería negro oscuro. Ni en las peores situaciones se podía mentir, los mayores tenían prohibido pensar en la tentación de la carne porque corrían el riesgo de quedarse pegados para siempre. Cualquier comportamiento indebido adquiría proporciones escandalosas.

El Domingo de Ramos éramos infalibles, de la iglesia traíamos la cruz de palma bendita, que casi siempre renovábamos cada año o igual la conservábamos toda la vida para alejar el mal.

Tratándose de una ocasión de recogimiento, nos

dedicábamos a los juegos de mesa, aunque a veces en el suelo, porque el comedor estaba colmado de maravillas hechas por mamá, como buñuelos de yuca en almíbar, dulce de lechosa, pescado salado y chigüire mechados, y el majarete de coco de mi tía Irma.

Mamá decía que solo podíamos consumir comidas suaves para masticar y no causar más dolor a Jesús, simbolizado en el pan de cada día. Nada de carnes rojas porque Él derramó su sangre para salvarnos. Cortar la arepa con un cuchillo era un pecado mayúsculo porque se estaría hiriendo su corazón.

Íbamos al viacrucis y también adornábamos con imágenes, ramas, velas y flores el frente de nuestra casa para honrar al hijo de Dios en su pasión, sufrir con él el peso de la cruz en su espalda e imaginar el dolor que le causaba la corona de espinas. Asistíamos también a la adoración del Santísimo y al lavatorio de pies, que yo miraba sin convencimiento al imaginar la poca higiene que eso podría tener.

Acudíamos con más entusiasmo a las vigiliyas, a donde llevábamos envases con agua para que el cura la bendijera. Luego la usábamos en dosis sagradas, a fin de que durara todo el año, en especial para sanar o calmar el ambiente cuando había muchas peleas.

El Sábado de Gloria, papá preparaba el camión 350, lo cubría con un encerado y en esa especie de *motor-home*

metíamos sillas, tazas gigantes de comida, juegos y emprendíamos una sabrosa aventura a algún río o pueblo cercano de Los Jebes, el lugar de origen de mi familia paterna.

El Domingo de Resurrección era la quema de Judas. Desde la tarima gigante colocada en el barrio, se leía a viva voz el testamento donde se dejaban supuestas y alocadas herencias a los vecinos, como un mueble viejo o el cuerpo de alguna solterona. El monigote desaparecía en el fuego, entre cohetes y triquitraques, mientras lo despedíamos con jolgorio.



Divino pecado

ISABEL CAROTO CORREIA



Propio de un hogar portugués, nosotros éramos muy rigurosos y respetuosos de las tradiciones religiosas y de las normas impuestas durante los días santos.

Desde el jueves muy temprano se limpiaba la casa de adentro hacia afuera. Mi mamá sacaba la manguera y mojaba todo a su paso, incluso la nevera, y a nosotras, sus hijas, nos tocaba secar todo a punta de coleteo.

Los viernes, con la casa livianita, era el turno del sahumero hecho por ella con conchas de ajo, hojas de laurel, café molido, palma bendita y mirra.

Convencida, nos decía: «Esto abre los caminos y espanta a la gente mala». Después, prendía sus velitas y remataba salpicando la casa con agua bendita.

Al terminar la faena, nos vestíamos de gala para salir a visitar los templos del centro de Caracas, que eran parada obligada: Santa Capilla y Santa Teresa.

Ese Viernes Santo, al finalizar el paseo, casi a las doce del mediodía y hambrientos, fuimos a comer a una arepera

cercana. Recuerdo que me senté en una barra al lado de mi hermano que, desde la entrada, vio las arepas de pernil, una debilidad que todos compartíamos.

—Yo la quiero de pernil —dijo Juan.

Y todos, saboreándonos ese «pernilito», al unísono, exclamamos: «¡Nosotros también!».

Los mesoneros se miraron entre sí y, sin decir nada, nos sirvieron aquellas inolvidables arepas de pernil con tomate.

Al terminar, mi papá se acercó al cajero para pagar, quien le preguntó si éramos ateos. Mi papá, ofendido, le dijo que no, al contrario, veníamos de cumplir con nuestra obligación cristiana.

—¡Ah, caramba! Es que como hoy es Viernes Santo y no se come carne...

Mi papá, furioso por el olvido y apenado, porque también había sucumbido ante el evidente pecado, se dio media vuelta y pagó su rabia con mi mamá.

Cargados de culpa, regresamos todos asustados a la iglesia para pedir perdón, porque aquellas arepas de pernil celestial nos habían hecho caer en la tentación. ¡Habíamos ofendido a Dios, un Viernes Santo!

Desde entonces, cada vez que comemos una arepa de pernil, es inevitable recordar con sorna ese divino pecado.

La gloria de aquel sábado

NELSON URES VILLEGAS



Sí, la santa semana, para aquel joven formado en una familia humilde, pero muy católica, era de estrictas normas «para no lastimar las llagas de Cristo». ¡No pise tan duro, va a lastimarle las llagas a Cristo! ¡Nada de picar con cuchillo el pan, bendito por las manos de Cristo! ¡Nada de malcriadeces ni de malos pensamientos!

Y de arrejuntamientos pecaminosos en la Semana Mayor, ¡ni pensarlo!: «Recuerde que se peca de palabra, pensamiento y obra», le decían. Andaba, el pobre muchacho, como atontado en esos sagrados días, quietecito, temiendo que el ojo de Dios, el que mira todo desde un triángulo, lo pillara.

No iba a todas las misas, pero sí el día que le correspondía hacer de soldado romano en la representación teatral que organizaban en su barrio las señoras de la Legión de María. Una de ellas le dijo un día que eso le enseñaría más sobre la compasión, como aquel soldado que se menciona en las Sagradas Escrituras, quien terminó convirtiéndose al cristianismo.

—Ese muchacho tiene condiciones para ser cura —le dijo la señora legionaria a la mamá del joven.

—¡Dios sabrá! —contestó la madre.

Una Semana Santa de aquellas, el muchacho se fue de vacaciones al campo, de donde era su mamá. Allí se conmemoraba con mucha devoción, pero tenía un ingrediente diferente que él no conocía.

El jueves se iba con sus tíos y primos al río. Allí disfrutaba con más libertad y su adolescencia se fue enrumbando hacia lo mundano. Se enamoró de una linda muchacha y esa era la principal motivación para irse al pueblo cada Semana Santa.

Una frase, entre aquellos campesinos, le llamó mucho la atención, pues, entre bromas y risas decían: «¡Epa, muchacho! Espere el sábado pa que quiebre la olla». Él, sin entender nada de aquello, se reía para seguir la corriente. Hasta que un día le preguntó a su primo mayor:

—¿Qué es eso de quebrar la olla?

—¡Es por ser Sábado de Gloria!

Siguió sin entender.

—¿Pero eso qué tiene que ver?

—Ah, pues. ¿No vas a saber? Ese día se le puede dar gusto a la carne. Algo así: podemos quebrar la olla en la que guardamos todo lo que no está prohibido comer en los días santos y darle gusto al cuerpo

—¿Aliñar?

—¡No, chico! Se puede hacer el amor, quebrar la olla, terminar la espera.

El joven quedó pensativo y se imaginó (que Dios lo perdone) quebrando la olla con la muchacha que, en el río, le puso el corazón como tarabita.

De su representación teatral de soldado romano pasó a cristiano, pero a su manera. Las tradiciones lograron mantenerse en las costumbres de un joven que comprendió que no servía para cura, pero sí para una persona de bien, de respeto y buenas intenciones.

Un Sábado de Gloria besó a la muchacha del río, un Sábado de Gloria le pidió la mano en matrimonio y descubrió en aquel cuerpo de mujer su paraíso, un Sábado de Gloria se casó con ella; pero fue un domingo, el día de su luna de miel, cuando conoció la resurrección.

Eso sí, un segundo después de las doce de la noche de ese sábado, la olla se despedazó brindando los mejores manjares que por un buen tiempo imaginó.





El pecado de la carne

JOSÉ MATHEUS BRICEÑO

En casa, la llegada de la Semana Santa era motivo de recogimiento y de reflexión, en un ambiente de silencio y oración. Mamá Juana, la jefa de la casa, imponía estrictas normas para vivir la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

En esta fecha y en diciembre, se superaban las limitaciones económicas. Dejábamos atrás la dieta diaria de caraochas y pasta y se ahorraba para vivir, en la mesa, los días santos con rigurosidad, al estilo andino. Se hacía el pescado salado en salsa y con papas, ensalada cocida y el curruchete, un dulce que todos esperábamos, hecho con papelón, huevos y queso blandito.

Mamá Juana, en esa fecha, siempre nos decía todo lo que era pecado ante los ojos de Dios: no podíamos pelearnos ni decir groserías, no podíamos hablar mal de los otros, debíamos rezar al levantarnos y antes de acostarnos, y siempre nos recordaba que el que comiera carne roja, se condenaría.

Yo pensaba que éramos unos santos porque aquel plato estaba ausente todo el año en nuestra mesa.

Cuando el olor a carne asada de los vecinos se metía por la ventana, me sentía superior porque no la comíamos. No sé si por vocación religiosa, por la fe o porque trataba de darme valor ante aquellos deliciosos olores que hacían retorcer mis tripas.

El día en que pecamos, aquel olor era más penetrante e inundaba todo el cuarto. Nos asomamos por la ventana y eran los vecinos. Unos gringos, que eran sus familiares lejanos, estaban de visita e hicieron una parrilla o una barbacoa, como ellos le decían, en la platabanda del edificio.

En la casa, mamá Juana y las tías habían terminado de rezar el rosario y se disponían a preparar los platos santos. Ocupadas en la cocina, nos dejaron libre el camino y salimos a la platabanda, atraídos por la visita de esas personas que hablaban otro idioma, pero, sobre todo, por el olor de la carne, algo que no experimentábamos en casa.

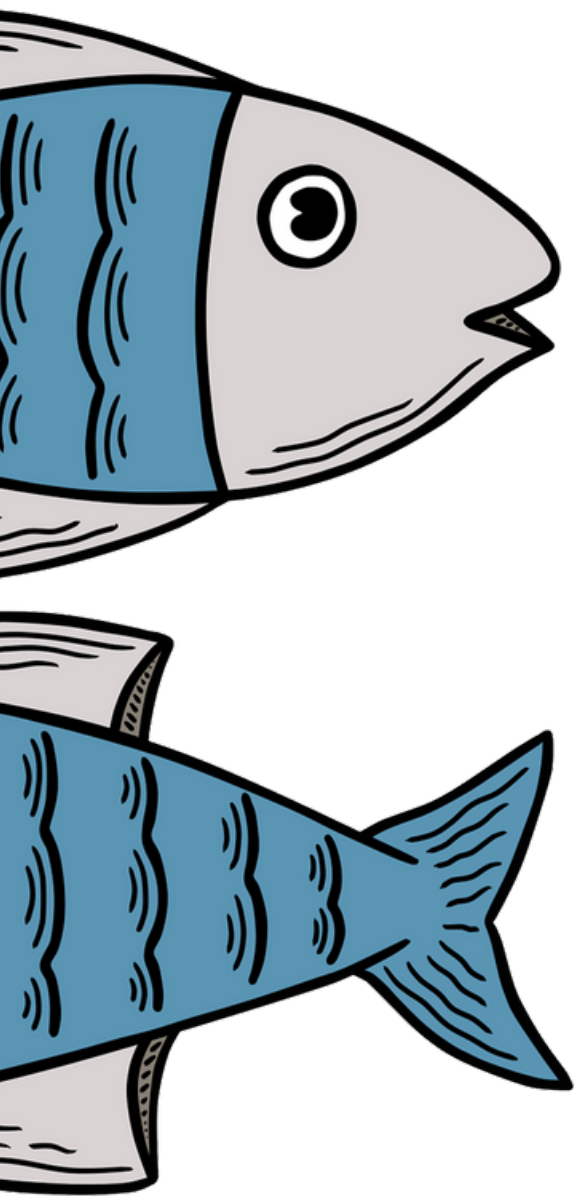
Comenzaron a servir la carne con yuca y guasacaca y nos ofrecieron un plato, pero recordamos el sermón de mamá y dijimos que no. En la segunda tanda no nos preguntaron, sino que nos sirvieron carne picada, costillas, chinchurrias y chorizo. Fue en ese momento cuando la debilidad de la carne se manifestó, y pecamos.

La tentación fue tan grande, que todos nos miramos y, en un solo movimiento, cada uno agarró un pedazo. A mí me

tocó uno de solomo que sabía a gloria.

Aunque nunca nos descubrieron, siempre pedí perdón por aquella falta y, además, me justificaba, porque al menos era Miércoles Santo... Hasta que mamá Juana nos dijo que ese día se recordaba la traición de Judas y me sentí peor.

Desde entonces, cada Miércoles Santo, pienso en aquel pecado y en la debilidad de la carne, sobre todo de aquella que comimos y que estaba exquisita.



El centurión

BENIGNO VILLEGAS MÉNDEZ



Los recuerdos bajan descarriados desde las frías montañas de los andes merideños y se derriten como agua fresca en mi frágil memoria, mientras intento darle forma a un relato que nos hable de la Semana Santa.

Fue así como se coló en mi mente la imagen de Chuchino, un amigo de esos con los que la palabra aburrimiento no existe. Chuchino atendía la licorería Rivas Dávila en Ejido, la misma a la que nosotros llamábamos religiosamente La Capilla.

Recuerdo que en varios puntos de la geografía merideña realizaban el viacrucis, que conmemora, cada Semana Santa, los sufrimientos del Mesías camino al calvario.

Uno de esos viacrucis recorría las principales avenidas de la capital del municipio Campo Elías y finalizaba en el Campo Abierto de Ejido, donde se simulaba el Gólgota, lugar final de la crucifixión.

En esa teatralidad callejera participaba Chuchino, representando a un centurión. En realidad, nuestro amigo se veía como un severo soldado romano que, con un improvisado látigo, azotaba con fuerza al condenado a muerte

en medio del alboroto de la muchedumbre que seguía la representación.

El fin del acto ya es conocido. Cual historia bíblica este «Mesías» bajaba de la cruz y, ¿saben dónde terminaba?, en La Capilla, con una cerveza en la mano y reclamándole al centurión la dureza de los rejazos. Chuchino, pícaro, sonreía y le decía de modo sentencioso: «El que se mete a Cristo tiene que morir crucificado».



El susto

FREDDY UQUILLAS GRANADOS



Igor cayó malherido y desmayado sobre una tumba en el cementerio. Su rostro ensangrentado, que no se podía ver por la oscuridad de la noche y por una sábana que lo cubría, era la consecuencia de unos cuatro certeros puñetazos que lo inutilizaron de inmediato.

Tras unos minutos inconsciente y luego de las reanimaciones de sus agresores, reaccionó y murmuró en medio del dolor: «Epa, soy yo, Igor».

Era una Semana Santa del año 1983, en un pueblo del estado Táchira, Venezuela, llamado San Pedro del Río, lugar que recibía a muchos turistas en esta temporada y que acogió a un grupo jóvenes ciudadanos que llegaron con muchas energías y alegría a pasar unas merecidas vacaciones.

Y entre ellos estaba Igor, el herido. Xiomara, Fabiola, Ricardo, Juan, Moraima e Igor, entre otros cuatro chicos más, cuyas edades oscilaban entre los dieciocho y veintidós años de edad, arribaron desde el martes a este diminuto pueblo de calles empedradas, de casas blancas con tejas y de hermosos y luminosos faroles.

La tranquilidad reinaba en el lugar. Un río poco caudaloso circundaba las casas. Todo parecía perfecto para la diversión de estos chicos. De hecho, días antes habían ido de excursión a la montaña, se bañaron en el río, se tomaron algunas cervezas, bailaron en las calles, hicieron amigos, asistieron en las noches a las procesiones y rezaron, acompañados de algunas imágenes religiosas.

Pero ya era Viernes Santo, día de recogimiento por la crucifixión de Jesús. Y todos, sentados en la plaza Bolívar, expresaban sus caras de aburrimiento, mirándose los unos a los otros a ver qué se les ocurría hacer.

Fabiola, conocedora del lugar porque se crio allí, se paró de la banca y dijo:

—Chicos, ¿qué les parece si vamos al cementerio?

—¿Al cementerio? ¿A esta hora? ¡Son las 12:45 de la madrugada! —exclamó Ricardo, asustado.

—¡Vamos!, a esta hora será más emocionante, visitaremos a los muertos.

—¿Qué? ¿Y si nos salen?

—No, allá hay un vigilante y no pasará nada.

Xiomara y Juan, junto a dos más, estuvieron de acuerdo con Fabiola en ir a la necrópolis, mientras que los otros dijeron que ni locos se acercarían, tenían miedo de que les saliera un espanto. En conclusión, se dividió el grupo en dos: uno iría al cementerio y el otro, no.

El equipo de Fabiola, en medio de risas nerviosas y con un miedo aparente a lo desconocido, emprendió su camino hacia el «barrio de los acostados», tal como le decían en el pueblo al cementerio que, por cierto, quedaba como a cinco cuadras de la plaza y estaba en tinieblas. Ellos avanzaban, pero a la segunda cuadra, ya sentían el escalofrío en el cuerpo, tal cual cadáver inerte.

Mientras tanto, el otro grupo, encabezado por Igor, en medio de sus ganas inmensas de hacer maldades en días santos, decidió caminar por una vía alterna al cementerio con la finalidad de hacerse pasar por fantasmas y asustar a Fabiola y al resto.

Para ello, buscaron unas sábanas y se cubrieron. Aprovechando su fortaleza y cuerpo de deportista, Igor escaló y se ubicó sobre una pared en la entrada del cementerio, bajo la luz de la luna. Sus compañeros estaban a su lado. Solo esperaban que aparecieran sus víctimas en medio de la penumbra.

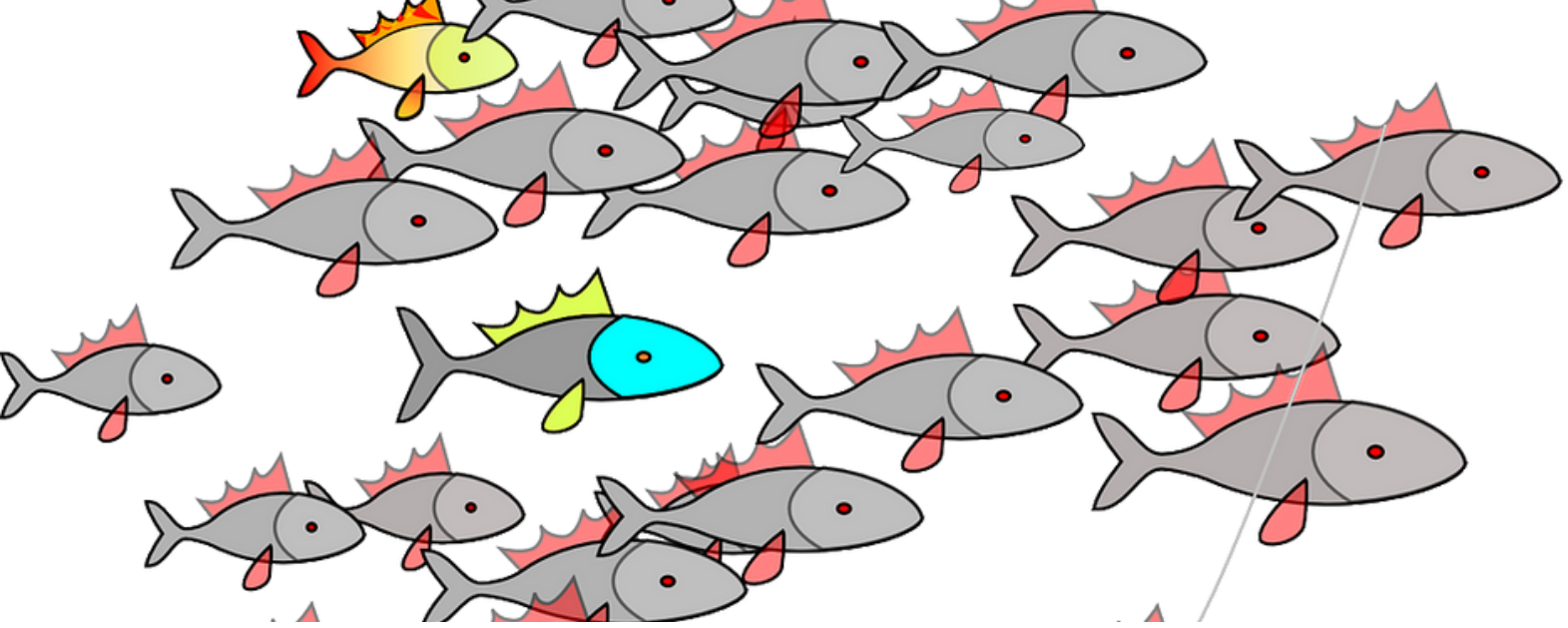
Presintiendo lo peor y a una cuadra del camposanto, Xiomara y Juan fueron los primeros que avistaron una capillita de madera muy rústica con una puerta entreabierta, que era la entrada principal. La abrieron poco a poco, y sonaba como un catre viejo en uso. Siguieron adelante, diciéndole a Fabi y a los demás que iban por buen camino.

Habían dado diez pasos más cuando fueron sorprendidos por unos cuerpos que caían del cielo, justo delante de ellos, como pájaros gigantes envueltos en mantas. En medio de los gritos y en la oscuridad de la noche, sin mediar palabra, Juan se horrorizó tanto que comenzó a golpear muy fuerte a uno de los supuestos fantasmas y lo dejó tendido, sin conocimiento, sobre una tumba.

Se oyeron alaridos y voces, y había mucha confusión. Eran cerca de las dos de la mañana. De repente, todos se quitaron las sábanas y se identificaron para que su amigo Juan no siguiera propinándole puñetazos a Igor. Luego lo destaparon y trataron de revivirlo. A los minutos, despertó y exclamó: «¡Soy yo amigos, no me golpeen más!».

¡Fue un gran susto! Fabi, Ricardo y el resto no lo podían creer. Habían arremetido contra sus propios compañeros creyendo que eran almas en pena.

Luego de esta escena, los dos grupos de chicos se abrazaron, vivieron su momento de profundo arrepentimiento, se pidieron perdón, regresaron a la plaza y ante la iglesia, en medio de muchas oraciones, juraron no volver a hacer este tipo de acciones en la Semana Santa, un período para la reflexión, las buenas acciones y el aumento de la fe en Dios.



La comida de la Semana Santa

FANNY SALOM ARCILA

La Semana Santa en la familia comenzaba desde el viernes, día en que nos daban las vacaciones escolares. Eso lo recuerdo desde mi niñez y ya pasada la adolescencia, cuando todos vivíamos aún en la casa materna.

Mi mamá es muy católica y practicante, tanto, que en su juventud llegó al grado de novicia y mi papá también era religioso. Pero en Semana Santa lo nuestro era la playa.

Recuerdo que cuando éramos pequeños mi papá tenía un tráiler en Puerto Cabello y allí llegábamos todos, además de algunos invitados que nunca faltaban en nuestros paseos: primos, ahijadas, vecinos, tías y uno que otro coleado.

Ya en nuestra adolescencia, siempre alquilaba una casa en Tucacas o Chichiriviche. Nos llevaba a todos el sábado antes y él se iba a trabajar. Regresaba el Miércoles Santo y se quedaba hasta el Domingo de Resurrección, cuando retornábamos a nuestro hogar como camarones, colorados de tanto sol y playa.

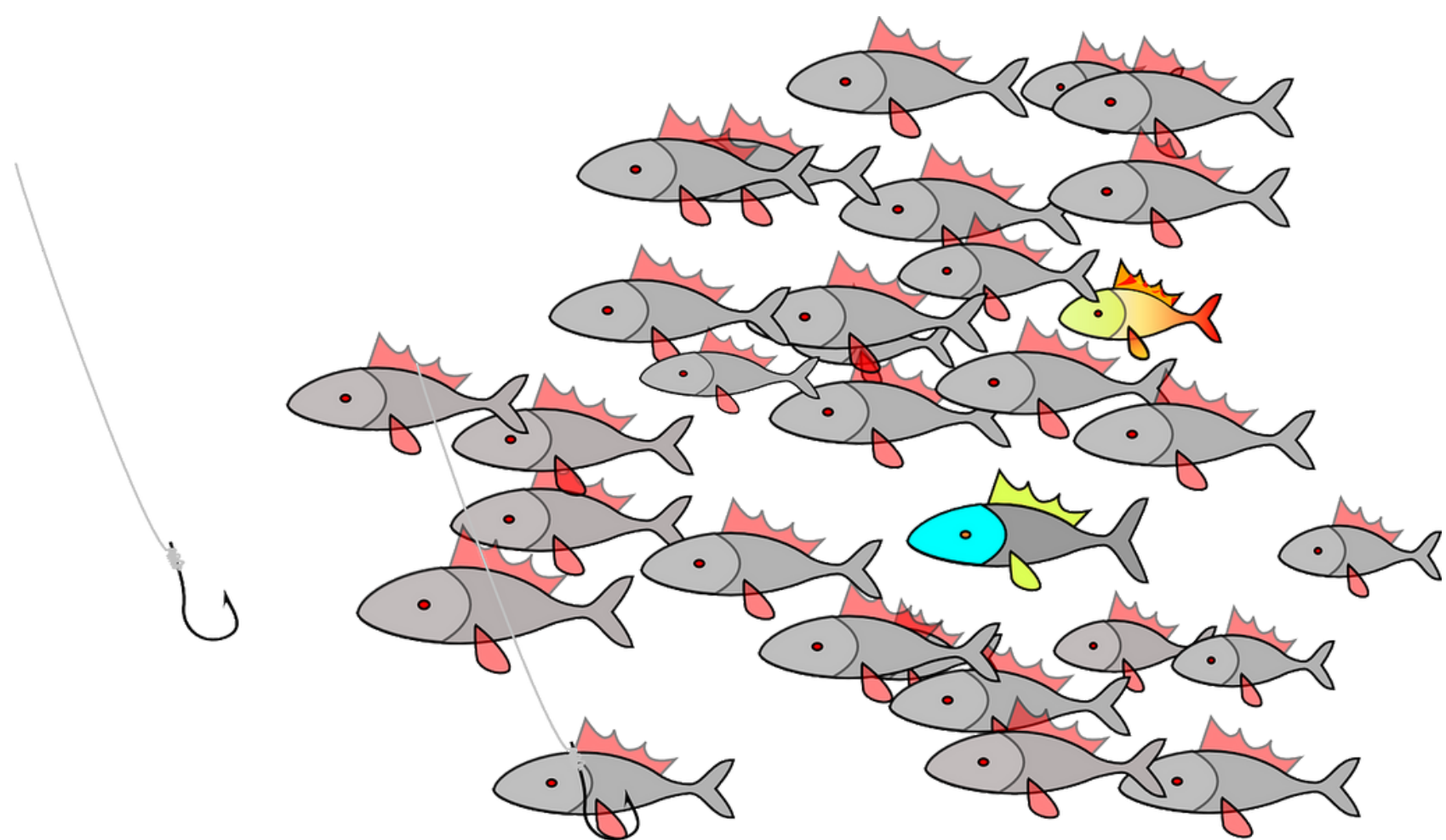
Para mi mamá no había vacaciones, todo lo contrario, cocinaba más de lo normal. Sin embargo, se levantaba muy

temprano e iba sola o acompañada por alguno de nosotros a darse su baño matutino. El mar y su oleaje eran para ella solita, los disfrutaba a plenitud, siempre le ha gustado la playa.

Entre tantas historias hay dos que no se me olvidan. Una de mis tías llamó a mi mamá y le dijo: «Inés, voy para allá, no te preocupes por la comida, yo llevo todo». Esperamos a mi tía, que llegó cargada, como dijo, con grandes ollas.

La casa alquilada quedaba como a cinco cuadras de la playa y todos nos fuimos directo al agua. De merienda, porque en la playa da mucha hambre, llevamos patillas, otras frutas, jugos y agua.

Al mediodía, las señoras nos llamaron para el almuerzo. Mi tía abrió sus ollas, sacó los platos y comenzó a servir su menú: caraotas con espagueti. Algunos nos reíamos, a otros les daba mucha pena, porque los bañistas vecinos comían pescado, ensaladas y alimentos muy ligeros. De paso, mi tía gritaba: «Coman sin vergüenza, que comida es comida».



Arepas de chigüire



ANDREÍNA ALCÁNTARA HERNÁNDEZ

Mi amiga Nancy se sentía muy orgullosa porque su marido preparaba el mejor pisillo de chigüire de toda Yaritagua. Su orgullo era tal, que cada Semana Santa, justo para degustar en esa temporada religiosa, me obsequiaba un par de arepas rellenas con el guiso que aliñaba su consorte con pasión de cocinero.

Por el entusiasmo con que ella llegaba a obsequiarme las arepas, envueltas en papel de aluminio para que conservaran su frescura, nunca me atreví a confesarle que no me gusta la carne de chigüire. Por eso, para agradecer su gesto, me comía rapidito una arepa en su presencia, casi aguantando la respiración. La otra la guardaba, muy discreta, para llevársela al señor Eduardo, mi suegro, que ama la carne de ese animal silvestre tanto como al cocuy.

Fue mi suegro, emocionado por el exquisito sabor de las arepas que en varias ocasiones le llevé, quien me habló largo y tendido de la carne de chigüire y de su arraigada tradición en Venezuela. Narró, entre sorbos de café, que este animal puede

llegar a pesar hasta ochenta kilos y ostenta el calificativo de ser el roedor más grande del mundo.

—Es una especie de castor, cuyo consumo comenzó a popularizarse en el país durante la época de la colonia. En esos tiempos se creía que el chigüire era portador de enfermedades que afectaban al ganado y para resolver el problema, los sacrificaban en la época de sequía por considerarlos una alimaña.

»La presencia de tanta carne por el sacrificio de miles de ejemplares, encendió la crispa de negocio en los ganaderos y surgió la idea de convertirlo en producto, salando la carne, para luego secarla al sol y enviarla a los mercados del centro de Venezuela. Fue así como surgió y se extendió la costumbre de comer chigüire durante la conmemoración cristiana de la pasión de Cristo, tradición que tuvo aún mayor acogida por la prohibición católica de comer carne de res».

Recordó el señor Eduardo que tras la introducción en los mercados de la carne de chigüire, su caza y consumo aumentó tanto, que en la década de los años sesenta, se prohibió la cacería del animal por la mengua de las poblaciones.

En tiempos recientes, organizaciones ambientalistas han advertido que la especie se encuentra en peligro de extinción, por ello recomiendan regular la venta y consumo de su carne,

cosa que no ha ocurrido, por el contrario, la cacería furtiva se acrecienta y la carne de chigüire ronda las esferas de la alta cocina.

Pocos días antes de Semana Santa, me encontré a mi amiga Nancy en el Mercado Terepaima de Barquisimeto. Estaba comprando unas hortalizas para su esposo, quien está finalizando un curso de chef profesional. Me contó que se especializa en las tradiciones culinarias de los llanos venezolanos y está escribiendo un recetario con el chigüire como protagonista. Me invitó emocionada a una gran cena que harán por su graduación. El plato principal será chuletas de chigüire con puré de manzana.

Por supuesto que no pude negarme y, con el mayor afecto, recibí el pase para dos personas que me entregó con el propósito de que asistiera, sin falta, a la gran cena. Decidí invitar a mi suegro, él está feliz y contento de comer otra vez carne de chigüire.



Dulce Semana Santa

EGLÉE HERRERA TROMPETERO



Había llegado del campo, todavía con el polvo amarillo posado en el sombrero de pelo de guama, ese que solo se ponía cuando salía de viaje. Hablo de mi tío Chente, así le decíamos, aunque su nombre era Vicente Serrano, sin el Herrera del abuelo Pedro porque, cuando lo fueron a presentar, se les olvidó que ese también era su apellido. Así vivió tío Chente noventa y dos años.

Les cuento esta historia para entrar en el contexto de la dulce Semana Santa. No sé si a ustedes les pasó lo mismo, pero para nosotros la llegada de los días santos era sinónimo de olor a caramelo y papelón. Mi boca se derrite con solo cerrar mis ojos y verme en la cocina con mamá, Ana Rita Trompetero, sin delantal, y con su trenza recogida en un moño de color negro para cuidar que ningún cabello cayera en sus exquisitas preparaciones.

Parecía un mercado y podíamos observar la mesa repleta de ingredientes y especias. Puedo escuchar su voz diciendo: «Páseme los clavitos de olor, y también la canela para el

majarete». Afuera en el patio se escuchaba a Elvis, Pedro y Gregorio, mis hermanos, romper con fuerza los cocos para el arroz con leche, mientras las muchachas molíamos la yuca para preparar los buñuelos con miel y hierbabuena.

También preparábamos el fogón para el ritual del majarete, aunque una sola persona se encargaba: era mamá. Con su sabiduría ancestral y en total silencio, movía y movía la paleta de madera hasta lograr el punto exacto que le permitía obtener una consistencia suave, pero a la vez fuerte, para que cuando se sirviera en el plato, se quedara quietecito.

La leche cortada representaba otro momento especial.

—No lo mueva mucho —decía mamá—, para que se cuaje bonito. Póngale panela para que agarre color.

Y así pasamos, todos los años y en familia, nuestra Semana Santa. Tío Chente, además, traía quesos de crineja, de mano y amarillo en una cajita de cartón. Al reunirnos en la mesa, cada uno con su plato en la mano, veíamos pasar a mamá, perfumada con la miel y el caramelo, olores que se habían impregnado en su humanidad en la dulce Semana Santa.





Dulcísimos días

ZURAYA RAMÍREZ DALA

Recuerdo con alegría la Semana Santa de mi infancia y de mi juventud. Mi madre era de origen libanés, ella se vino a muy temprana edad (cinco años) junto a su mamá y sus hermanas porque mi abuela enviudó. Fue entonces cuando decidió venirse a Venezuela, donde ya vivían mis bisabuelos, quienes llegaron a esta tierra a principios del siglo veinte.

Mamá era muy hacendosa, pero, sobre todo, cocinaba exquisito, no solo la comida libanesa, sino también la criolla y aprendió a hacer los dulces propios de la Semana Santa. En los dulces criollos no había quien le ganara. Preparaba cabello de ángel, dulce de lechosa, buñuelos, bocadillos y dulce de higos, y los guardaba en frascos de vidrio que ella misma esterilizaba.

Todos en la familia evocamos con agrado lo relacionado con la dulcería. Eso sí, era muy celosa con las recetas. Siempre tenía un ingrediente secreto que nadie conocía.

Semana Santa en El Valle

ZAIDA PINTO RUIZ



Aquella niña tendría siete u ocho añitos, menudita, con cachetes rosaditos como los de los niños andinos.

Vivía en el barrio Bruzual, adonde, hacía unos cuantos años, llegó su tía Juana, matrona andina a quien respetaban por su carácter y templanza. Todos los allegados y familiares que ella cobijó al llegar a Caracas, le tenían mucha estima.

En realidad no era su tía, era prima de su papá, pero por su edad y autoridad, habíase ganado el título de tía. Mujer de trabajo y de profunda fe, no dejaba de asistir a la misa de los domingos y a las procesiones que se realizaban en la parroquia El Valle durante la Semana Santa.

Entre los deberes de la niña se incluía el ayudarla en casa y acompañarla en sus salidas, que casi siempre eran a la iglesia. A la niña esto no le molestaba, pues eran pocas las veces que salía y, en el camino, entre una y otra cuadra, se ensimismaba mirando el brillo de los zaguanes de las casas, las paredes forradas de mosaicos de colores, las celosías de las ventanas. Apenas habían avanzado unas cuadras y parecía que se encontraba en otro mundo.

Así le pasaba en la iglesia. Uno a uno, escudriñaba cada nicho donde se exhibía una virgen, un santo, un ángel. No sabía sus nombres, pero todas las esculturas eran tan hermosas, vestidas con sus trajes de oscuros colores.

Nunca, hasta ese momento, había estado en un museo, pero se imaginaba que así sería: todos callados, estirados, muy serios, mirando; pero aquí ocurría algo distinto, la gente rezaba calladita y a veces salían lágrimas de sus ojos enrojecidos. «¿Qué les dolerá?», se preguntaba.

Para la niña era un paseo, pues, además, al iniciar la misa, se escuchaban ángeles cantando melodías muy hermosas. Esas canciones de los días de diciembre se quedaron grabadas como notas de alegría en sus recuerdos.

Pero llegó Semana Santa! El templo estaba lleno de feligreses y no solo de personas mayores, también acudieron muchos jóvenes que charlaban alrededor de las monjas y de las señoras encargadas del coro y celebraciones de la iglesia.

Esta vez ocurría algo que no le era conocido. Se escuchaban campanas y un aroma antiguo de incienso inundaba el templo. Varios hombres cargaban a Jesús crucificado y nunca había sentido tanta tristeza en su corazón. Su carita conmovida dejaba traslucir la angustia de no saber qué harían con Jesús.

La noche llegó y las velas alumbraban el paso zigzagueante

de los hombres al traspasar la puerta e iniciar el camino empedrado con adobones, redondeados por tantas pisadas. Les rodeaban y seguían multitud de velas, llevadas por personas que oraban, pedían y suplicaban. Y detrás, apenas doblando la esquina, venía levantada en hombros la Magdalena, con su cara mojada de lágrimas.

En ese momento irrumpió el sonido de violines, una trompeta o un saxofón. La niña no sabía qué era, pero escuchaba los cánticos, como si estuviese en otro tiempo, y ante sus ojos, se desarrollaron los momentos de la pasión que vivieron aquellos cristianos que compartieron con Jesús.

Esa niña, mientras escucha el *Popule Meus*, interpretado por una pequeña orquesta local en las calles cercanas a la Iglesia de El Valle, le dice a la señora que hace más de sesenta años vivió por primera vez la pasión de Cristo: «Hoy me ocurre lo mismo».

No he podido olvidar al Nazareno ni a Jesús crucificado ni a la Dolorosa. Creí que no solo lloraba mi corazón, sino el de todos esos rostros abatidos, hombres del barrio que se trasladaron en el tiempo a través de la música, de las imágenes y de la fe. Las mujeres, a su vez, rezaban una oración suplicante, agotadas de caminar en este desierto donde se les culpa siempre, sin comprender aún por qué tanto sufrimiento.

Han pasado muchos años y no puedo olvidar el sonido que se produce al arrastrar las suelas de los zapatos en la calle empedrada ni el silencio en la oscura noche, alumbrada apenas por las velas ni el *Popule Meus*, que paraliza esa estampa de la Semana Santa en las antiguas calles de El Valle.





La visita

*MYRIAM COLLANTES DE TERÁN
MARTÍNEZ*

Marzo trajo consigo el olor a azahar y el aroma del incienso recorría todas las calles de la ciudad. Las cofradías ya tenían todo dispuesto para dar comienzo a la semana grande de los creyentes. Pese al alegre bullicio que se repartía por cada una de las esquinas, había un rincón en donde permanecía el silencio y la oscuridad.

Jacinto Rodríguez se dedicó a la agricultura desde muy joven. Se destacaba por ser uno de los vecinos más queridos y siempre se mostró atento y servicial con todos. Sin embargo, hace cinco años, su vida cambió para siempre.

Una mañana, mientras trabajaba, un grave accidente puso en peligro su pierna derecha. Los médicos fueron muy claros desde el principio: si la infección no cedía con el tratamiento y se gangrenaba la herida, Jacinto perdería la pierna.

—¿Cómo viviré entonces, doctor? —preguntaba desesperado, sumido en una profunda fiebre que, en ocasiones, lo llevaba al delirio—. No puedo dejar de trabajar en el campo.

Durante muchos días y muchas noches, Jacinto le rezaba con gran devoción al Cristo del Perdón, pidiéndole que lo

salvase de ese destino tan cruel. Hizo mil promesas, suplicó y lloró hasta casi perder el conocimiento. No obstante, el trágico desenlace que sospechaban los médicos, llegó: Jacinto perdió la pierna y, con ella, su trabajo.

Desde entonces, en esa casa reinaba el silencio, las luces siempre estaban bajas y se instaló un odio acérrimo a todo lo que involucrase la religión. Los hijos se hicieron cargo del padre amado y, en silencio, lamentando su transformación, decidieron acompañarle en su pena.

—Papá, vamos a ir a ver la procesión — dijo aquella tarde su hijo—. No volveremos muy tarde.

—Por mí como si no volvéis nunca —decía encerrado en sí mismo, sentado en un sillón—. Vosotros sabréis de qué modo perdéis el tiempo con estatuas de madera.

El sonido de la puerta al cerrarse aumentó la ira de Jacinto, quien, año tras año, cubría sus oídos con gruesos tapones para no escuchar la música de los pasos. Todo aquello, para él, no eran más que tonterías para engatusar a pobres ignorantes.

De pronto, se sumió en un profundo letargo en el que se le presentó un hombre con una túnica blanca y una larga barba oscura.

—¿Quién eres? —preguntó Jacinto en medio de la ensoñación.

—No siempre puedo actuar en favor de quienes me tienen

fe y sufro con vosotros su tortuoso e injusto destino. Si quieres una prueba de ello, esta noche te visitaré.

El estallido de un trueno despertó a Jacinto. Abrió los ojos y vio que el buen tiempo había dado paso a una repentina tormenta que movía en forma violenta las puertas y las ventanas. Se levantó tan rápido como pudo, cogió su bastón y, de muy mal humor, fue a cerrarlas.

—Esto era lo que me faltaba, empezar a alucinar cuando todavía no tengo ni edad para ello. ¿Visitarme? ¡Si ni siquiera existe! Es todo una vil y cruel mentira.

Cuando se aproximaba a la puerta, escuchó varios golpes fuertes. Por un momento creyó que era el aire, hasta que acercó la oreja y el sonido le hizo apartar la cabeza. Al abrir, se encontró con los integrantes de una cofradía, encabezada por el hermano mayor.

—Jacinto, la lluvia nos ha sorprendido. Danos cobijo, por favor.

Jacinto, furioso por la intromisión, iba a decir algún impropio para que todos los extraños se alejaran rápido de allí. Entonces, un trueno iluminó la cara del Cristo que, desde la cruz, parecía decirle con la mirada: «Aquí estoy, como te lo prometí. Existo. Y también estoy herido».

Jacinto se quedó sin habla y, bañado en lágrimas, se cayó al suelo porque sus manos temblaban de la emoción. Alzó la vista al Cristo y, con gesto humilde, los dejó pasar.

La última cena

CARMEN BEATRIZ PACHECO



El frío calaba sus huesos. Su cuerpo tiritaba como una hoja temblorosa en aquella esquina de la plaza. Se escuchaban cantos que hablaban de amor, misericordia y paz. No conocía la misericordia porque nadie había sido piadoso con él. Una mano apareció extendida ante su rostro. Era Jesús invitándolo a cenar.



Carta para la abuela

ANAHEL HERNÁNDEZ ABREU

La maestra asignó una tarea: escribir una carta. Yo me puse a pensar y decidí dedicártela a ti. Eres mi único familiar lejano. Sí, ya sé que el correo no llega tan lejos y donde estás no hay Internet. Pero es seguro que si leo mi carta en voz alta y bajo la mata de mango, una tarde llena de brisa como esta, oirás mis palabras, pues el viento las hará volar hasta ti.

Lo primero es el saludo.

Querida abuelita:... No, no, mejor...

Querida abuela... (porque tú no eras tan chiquita y estabas un poco gorda):

Ante todo recibe un cordial saludo, no sé qué es eso de «cordial», yo lo que quiero es mandarte un beso y un abrazo fuerte, pero bueno, debo escribir como me dijo la maestra.

Ahora viene el contenido, donde explico el motivo de mi carta:

Te escribo para contarte todo lo que he crecido. Ya supero, por casi ocho centímetros, la última marca que hiciste en la pared.

También quiero decirte que mamá y yo te extrañamos mucho, sobre todo ahora que se acerca la Semana Santa, y a ella no le salen tan bien las hallaquitas aliñadas, el pisillo de chigüire y ni hablar del arroz con coco que, a veces, no sé si le falta coco o le sobra arroz.

Bueno, ella lo prepara y, mientras, yo le recuerdo que le agregue las astillas de canela y los clavitos de olor, porque esos, como tú decías, son los que le dan gusto, y ya sabes que a mí me encanta chupar la canela una y otra vez.

No te he contado, pero estoy preparándome para la primera comunión y esta semana voy a participar en el viacrucis, donde me tocó hacer de Barrabás. La maestra de catecismo dice que asignó los papeles según la personalidad de cada uno. No sé qué quiso decir, pero mamá agarró una calentera. A mí me gusta mucho mi personaje porque me dejan libre en lugar de Jesús y salgo corriendo descalzo por toda la capilla, sin que mamá pueda regañarme.

Otra cosa abuela, el Miércoles Santo vamos a ir a la procesión del Nazareno. Este es el último año que cumplimos tu promesa, pues ya tengo diez.

El doctor dice que ya no oye el soplo y recomendó que me llevaran a un hospital en Caracas. Desde ese día, mamá ha estado muy triste, pero yo le digo que si mi corazón no sopla y está tan duro y grande como dice el doctor, es porque soy

muy fuerte, aunque a veces me canse y no pueda hacer Educación Física.

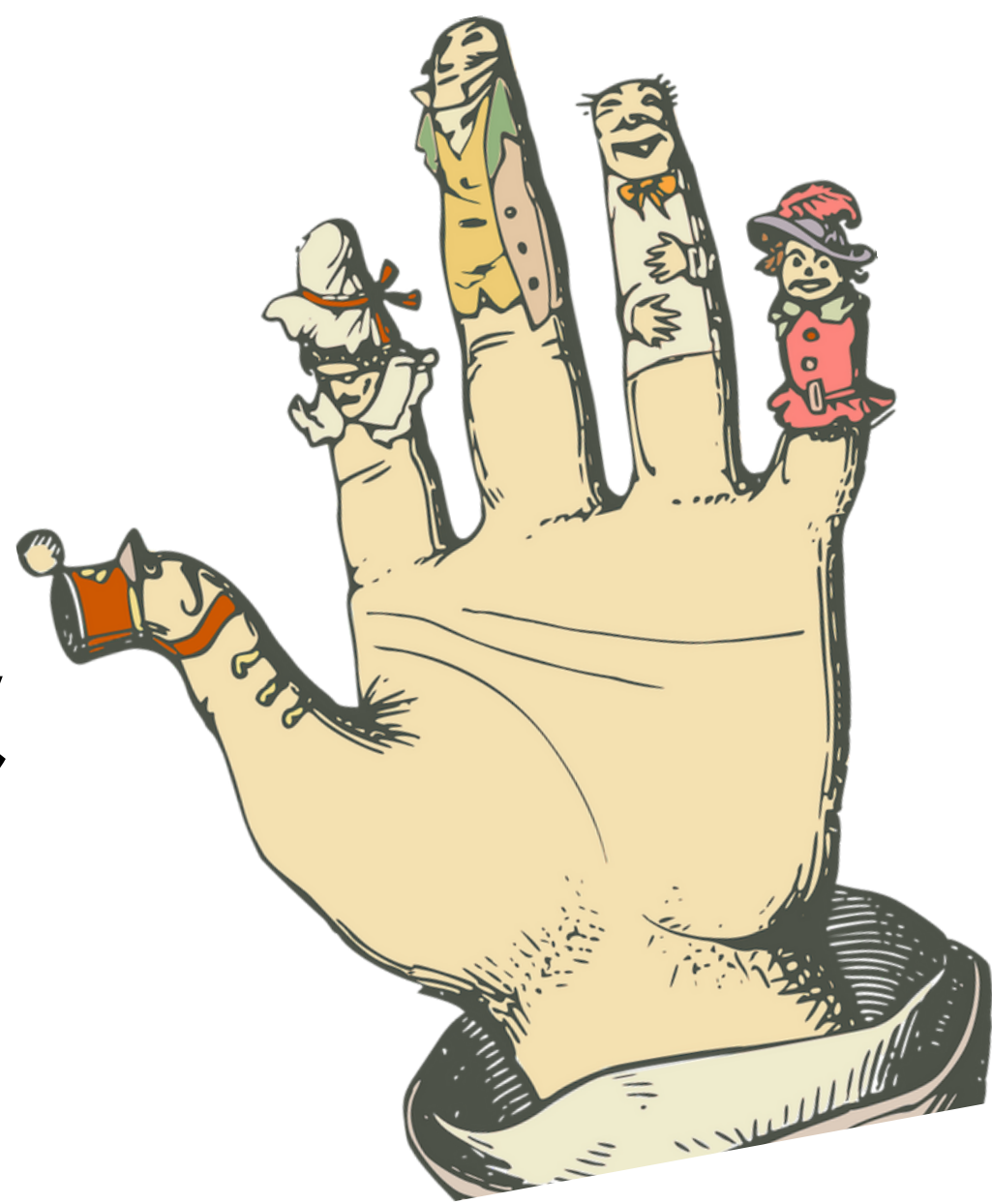
Bueno abuela, la brisa está fuerte y mis palabras ya deben haber volado hasta donde estás, además, llevo como cincuenta líneas y la maestra dijo que teníamos que escribir quince. Pero tengo que finalizar despidiéndome: se despide de ti, tu nieto que te quiere mucho y te manda un beso. Firma: Gera.

P.D.: olvidé decirte que creo que pronto te visitaré y yo mismo te daré ese besito.



Cosas raras de la tía

FLORA OVALLES VILLEGAS



Fabián, quien tiene ocho años, siempre pasa la Semana Santa con su familia en Barinas, donde vive su abuela María. Una vez, cuando la tía Flora estaba a punto de reanudar sus actividades en Barquisimeto, pues es allí donde vive desde hace varios años, le dijo:

—Tía, a mí nunca me has llevado a tu casa de Barquisimeto como a mis otros primos, quiero ver qué haces allá en la Semana Santa.

—Es verdad, Fabi. Pide permiso a tus papitos y si te dejan ir, vas conmigo.

Fabi consiguió el permiso y viajó con su tía Flora. Ese fue el comienzo de una aventura distinta para ambos, pues visitaron los templos de la ciudad, además de contar cuentos sobre el viacrucis y otros relacionados con la llegada a estas tierras de la religión católica y las que ya existían. Para ambos, era como si apenas estuvieran conociéndose. La tía preparaba dulces de coco, de guayaba y lechosa; y Fabián los degustaba mientras veía la televisión.

Una de esas veces en que se quedaron en casa, la tía Flora le dijo:

—Fabi, aquí no se ve televisión durante todo el día.

—¿Y qué se hace que sea divertido?

—Se dibuja, se canta, se ayuda un poquito, se juega, se baila, se cocina, se inventan recetas, se hacen títeres, se escribe, se lee, se escuchan canciones, cuentos, poemas y, además, se respira, pero sonriendo.

—¿Todo eso?

—Todo a la vez, no. Esas son las opciones que te doy.

—Tía, tú si tienes cosas raras, es tonto respirar sonriendo.

—No importa, hay quien hace cosas más tontas como criticar, quejarse, gritar y pelearse con los otros, pero yo respiro sonriendo y no molesto a nadie.

Una mañana, la tía Flora se levantó y no encontró a Fabi en su cama. De inmediato, lo llamó:

—¡Fabi!!! —y solo recibió como respuesta—:

— ¡Chiss!

Lo buscó y vio a Fabi sentado en el sofá, frente a los santos de la mesa, con los ojos cerrados y la carita sonriente, como un buda.

—Fabi, ¿qué haces?

—Chiss, tía. Por favor, haz silencio, que mi imaginación se está divirtiendo.

A ellas las conocerás

ARTIDORO GRACIA VILCHES



Por las historias y cosas que ellas cuentan de la Semana Santa, las conocerás. Es cuestión de juntar a las dos señoras para que esas historias no paren de salir. Y lo hice un Miércoles de Ceniza.

Llevé a una a la casa de la otra -ambas tenían la cruz de ceniza pintada en la frente, señal inequívoca del inicio de la Cuaresma-, y estuve atento a lo que les oía contar: desde los tiempos en que ordeñaban las vacas y hacían quesos y tortillas, hasta los tiempos de hoy en que tienen que ir al mercado a comprarlos; desde los olores a tierra remojada, hasta las veinte flores que dan sus matas junto a las bardas de las casas ajenas.

Y me mandaron a comprar el pan.

—Que sean cemitas —me dijo una de ellas.

Mi madre, mientras tanto, puso a hervir el agua para el café en un traste viejo que parecía la cafetera.

—Deme una bolsa de pan para la Cuaresma —le pedí al panadero, quien estaba junto al horno.

—Hay bolsas de diez y de veinte piezas —me dijo.

—Deme una de veinte, y si tiene una de cuarenta piezas, me

voy más contento porque me durará hasta la Semana Santa —le contesté.

—No, no tengo —indicó.

La bolsa que me dio no traía veinte cemitas, sino veintitrés. Entonces, compré otras dos.

Cuando llegué a la casa con las tres bolsas, sesenta y nueve piezas en total, la cafetera empezó a pitar.

De las cemitas que compré, me comí dieciséis y me tomé tres tazas de aquel aromoso café.

Ellas siguieron con las historias de las fiestas de la Semana Santa del año pasado, de las que vienen, del carbonato que se toman para las agruras, de las gárgaras que hacen a diario para curarse la garganta hinchada, de lo que valía un paquete de sal en la tienda de la esquina y que no se lo fiaban.

Hacía calor y para que se me quitara, me recomendaron tomar más café. Les oí contar historias sobre los que ya se habían muerto y de los que pronto se iban a morir, de las bodas de las parientes, de los esposos «repunantes» —me reí —, aunque fueran ingenieros.

—Prende el abanico —me dijo una de ellas. Era mi tía.

Encendí el que estaba cerca y otros dos más. Los tres abanicos empezaron a revolver el aire caliente de la cocina.

El pan cemita ya casi se terminaba y la cafetera aún estaba llena porque la señora de la casa, mi tía, ya le había puesto más agua.

Hablaron de los camiones en la carretera y de los pasajeros que tenían que viajar parados, de los maridos que fallecieron y de los salitrales de la tierra para las siembras de temporada.

Luego volvieron a contar de las sobrinas, de los nietos, de los entenados, del recibo de luz que llegó muy caro, del hombre electricista que vino a revisar unos alambres pelones, de cómo blanquear la ropa percutida, de los vecinos que ya estaban viejos, de los enfermos en el sanatorio, de quien embarazó a la que aún estaba jovencita.

El perro, al que le dicen La Mayonesa estaba dormido, tirado en el piso. Creo que soñaba que corría porque las patas no se le quedaban quietas. Ha de haber correteado las liebres que se meten en los maizales a morder las raíces.

Las señoras se acordaron de los pozos, del río, de las sequías, de los años en donde no había ni agua para lavar los trastes.

Después siguieron con los pleitos entre las comadres, de los baños públicos que ponen en las fiestas de la Semana Santa, de que nadie se apunta para arreglar la iglesia ni la capilla chiquita, del patrón del pueblo, de la mina vieja y del charqui.





La quema de Judas

FÉLIX GUTIÉRREZ CANELÓN

A medida que las manos de la comunidad lo elaboraban, adquiriría inusitada vida. De la familia Mateo trajeron un paltó del abuelo Felipe, que había muerto el año pasado. También un sombrero viejo de paja, con el que veían pasar al anciano en los días más soleados.

Un pantalón llegó de la casa de María y sus hijas; la prenda de vestir era de Tomás, el exmarido de la mujer. La camisa era del vecino Juan, que le quedaba pequeña, además, estaba muy deteriorada, por eso la donó para la actividad que la comunidad organizó aquel último domingo de Semana Santa.

De igual manera, llegaron un par de zapatos rotos, pliegos, telas y otros accesorios que fueron donados por la colectividad para crearlo, para darle la figura humana que ahora tenía.

«Quedó muy bien», escuchó que decían, mientras los ojos vivaces que le dibujaron en su rostro, veían cómo se acercaban niños, jóvenes, mujeres y hombres para saludar su nacimiento con hermosas sonrisas. Estaba contento, hasta orgulloso de haber sido creado por los habitantes de aquel barrio, del que

ahora se sentía parte.

Pusieron músicaailable, que a él mismo, sostenido en un poste, le daban ganas de seguir con su cuerpo de improvisada armadura. Hasta se sintió útil cuando habilitaron un envase para recolectar dinero, con el que hicieron un sabroso sancocho del que casi todos comieron.

Por estas razones, nunca logró entender por qué aquella tarde, la misma comunidad que lo había creado con tanto entusiasmo, lo mandaba a la quema. La misma comunidad que le sonreía, le pasó una soga por la cabeza, lo alzaron y, una vez guindado, le regaron combustible y le metieron candela. La misma comunidad que lo había hecho con amor (al menos eso era lo que él suponía) le gritaba ahora: «¡Traidor! ¡Falso! ¡Vendido!», mientras su cuerpo de Judas era consumido lentamente por la hoguera.



MÁS RELATOS

SANTOS



Años de vida

En mi familia, tanto materna como paterna, las creencias religiosas, en especial los ritos de la Semana Santa, se cumplían a cabalidad. Eran siete días y más. Solo cuando rompíamos la olla, volvíamos a la cotidianidad.

Mi familia materna, cuya casa estaba rodeada por matas de mango y de mamón, la constituían doce personas, divididas entre nosotros y mis padres, sin contar las visitas usuales que también degustaban los deliciosos platos dulces que mamá preparaba con tanto amor.

La historia de mi casa en esos días santos se iniciaba con el sermón de mamá diciéndonos lo que se podía y lo que no se podía hacer durante la muerte y resurrección de Jesús, el hijo de Dios.

La escuchábamos en silencio y tomábamos nota: «Primero —decía— no se pueden peinar porque cada vez que lo hagan, le quitan años de vida a su mamá; segundo, no se barre la casa; tercero, no se bañan, solo se asean sus partes; cuarto, no se dicen groserías», y otras indicaciones que ahorita no recuerdo.

Eran instrucciones de estricto cumplimiento para todos. A veces se nos olvidaba y una se peinaba o llorábamos todo el día sin que ella se enterara. Debíamos estar muy pendientes para no quitarle años de vida a nuestra querida madre.

Nos mirábamos el pelo y, si estaba muy asentado, nos reuníamos las mujeres de la casa en un cuarto y confesábamos si nos habíamos peinado o solo usado brillantina.

La cosa era más fuerte si mamá Zoila, nuestra abuela, venía a pasar los días santos en el barrio Libertad, porque era más estricta la normativa que debíamos cumplir. Todavía hoy, a mis sesenta y dos años de vida, cuando vienen esos días, me paso la mano por mi cabeza y recuerdo a mamá.

Eglée Herrera Trompetero

Goyito

Goyo, Chegorio, Goyito, Mano Goyo, Gregorito y hasta de lo más refinado: Gregory. Así me llamaban.

De niño me molestaba cuando escuchaba cualquiera de estos remoquetes o diminutivos. En el fondo, odiaba el nombre que mi madre escogió para mí, y no entendía por qué me lo había puesto.

Tampoco me atrevía a preguntar, por temor a un regaño o unos correazos. En la casa nadie le llevaba la contraria a mi madre ni refutaba sus decisiones. Mis otros hermanos y primos tenían nombres normales y hasta reconocidos: Leonardo, Alexis, Ángel, Luis Alberto, Alirio, Félix, Nelson, Edgar, Víctor, Ramón, y yo: José Gregorio, Goyito.

Escuchábamos en la radio una novela que se llamaba Pobrecito Goyo y las burlas de parte de ellos, llovían. Muchas veces, ante los apodos y las chanzas, pensé que, cuando creciera, me cambiaría el nombre. No entendía por qué me lo habían puesto.

Luego de varios años, ya grande, me atreví a preguntarle a mi madre y fue entonces que me enteré de la bendición de mi nombre. Resulta que nací antes de tiempo. Salí de la barriga de mi madre a los ocho meses y todavía no me había formado completo. Pasé los primeros tres meses de vida en una

incubadora y los médicos en el hospital decían que solo un milagro me salvaría. Fue entonces cuando mi madre, hincada y llorando, le pidió al Dr. José Gregorio Hernández, de quien era muy devota por sus milagros, que me salvara.

Una madrugada, adormilada en los pasillos del hospital, mi madre conversó con un doctor que nunca había visto. No supo si era una visión o era real. Solo recuerda que tenía mucho sueño y, en medio del sopor, el médico, que llevaba su bata muy blanca y un particular sombrero, le dijo que yo mejoraría y pronto saldría del hospital.

Mamá contó a las enfermeras y a los doctores lo que le había dicho aquel médico en la madrugada. No le creyeron, pues esa noche el médico de guardia no había asistido y mi estado era cada vez más complicado. En su devoción, mamá aseguraba que había hablado con Goyito, como ella le decía al Dr. José Gregorio Hernández. Días después comencé a evolucionar, en un par de semanas me dieron de alta y a los seis meses de nacido era un regordete y sano bebé.

Desde que conocí la historia soy un gran devoto, le pido en casos de mala salud y me reconcilié con el honor de llevar el nombre de nuestro santo médico y siervo de Dios, José Gregorio Hernández, y con cualquier diminutivo o sobrenombre que represente a Goyito.

José Matheus Briceño

La olla quebrada

En los viajes para la playa en Semana Santa, nos acompañaban siempre amigos y conocidos.

En una de esas travesías, yo andaba de novia con el que hoy es mi esposo. Mi papá no lo quería mucho, pero mi mamá y mis hermanos, solidarios, aprobaban la relación.

Todo estaba planeado para que en esos días de ausencia de mi papá, apareciera el novio. Las medidas de vigilancia eran extremas: «Por favor, no los dejen solos ni un momento», ordenó mi mamá.

Sin embargo, mis hermanos y amigas eran cómplices de nuestro idilio y, juntos, armamos una estrategia que consistía en situarse en grupos de dos a cierta distancia para cantarnos la zona y acercarse cuando venían los adultos. Así pasamos los primeros días.

Pero sucedió algo no previsto: mi papá llegó antes de lo esperado y no botó al novio de la casa, sino que lo mandó a dormir dentro del carro, alejándonos del pecado.

La guardia de hermanas y amigas se cayó porque nos situaban de esquina a esquina. Hoy, después de cuarenta años de unión, digo: «Ya para qué, esa olla ya estaba quebrada».

Fanny Salom Arcila

Semana diabla

En mi casa, la Semana Santa era de todo, menos santa. Para mí, en principio, se traducía en días de libertad, es decir, de estar en cualquier parte, menos en esa cárcel que representaba la Escuela Lara.

Lo que más recuerdo de la Semana Santa son los viajes a la playa: a Tucacas y Chichiriviche en Falcón o a los balnearios de Las Mayitas, Las Margaritas y La Cascada del Vino, en donde pasábamos el período de asueto «santo».

Esta fecha de recogimiento y reflexión se convertía, por el contrario, en diversión y juerga, promovidas por mis padres, tíos y amigos de estos. Yo, como el niño que era, me sentía imbuido o contagiado.

Todavía escucho las botellas de las cervezas Polar y Zulia golpear las cajas vacías. También recuerdo las de ron Pampero o Cacique. Estas salían del patio de mi casa -y del cuarto de mis padres- e iban directo a las maletas de los carros.

Era lo primero que se sacaba de la vieja casa barquisimetana cuando nos preparábamos para ir a la playa en la «Semana Santa». Luego, los bolsos y morrales con los trajes de baño, bronceadores y todos los accesorios necesarios para pasar la

la temporada, diría yo, más laica y secular del año.

Sol, arena, música, juegos y diversión; para mí, son sinónimos de aquella maravillosa semana, muy alejada de todo sufrimiento y crucifixión que se rememora en estos días de pasión, muerte y resurrección.

Luego, al regresar a casa tras la larga celebración, se leía en los periódicos el lamentable saldo de accidentes de tránsito, muertos y heridos. Y no podía ser de otra manera, pensaba. Aquella era, a mi entender, la «semana diabla».

El canto de las chicharras

Al principio era un sonido tenue, casi imperceptible, aunque persistente. El canto de las chicharras, en el patio, era tolerable. «Mientras pasa la Semana Santa», me decía. «Nadie se va a dar cuenta», pensaba. Sin embargo, el chirrido metálico de las cicadas no cesaba.

Tranqué la puerta de la habitación, pero el sonido seguía escuchándose desde el patio. Me metí en el baño, en el estudio, en el cuarto de los trastes, y cerré todas las ventanas que encontré a mi paso: nada, el canto persistía.

Me tapé con la almohada, busqué los audífonos con la ilusión de que cumplieran su objetivo de bloquear los sonidos,

pero el canto continuaba, no paraba. Era horrible, tenía varios días sin dormir. Estaba insomne. Salí de la casa, me perdí por las calles del pueblo, pero el zumbido me perseguía. Por eso, al final, tuve que confesarlo: «¡Sí, allá está, enterrada en el patio!».

Félix Gutiérrez Canelón

Arepa pa'l perico, perico pa la arepa

Cualquier fecha de unión familiar se centra en la gastronomía del momento y la Semana Santa no es la excepción.

Una vez le pregunté a mi hijo Alejandro si le gustaba una de las tres muchachas vecinas que siempre nos visitaban. Me contestó con un rotundo «¡NO!», pues, a su juicio, eran muy flacas. Establecimos entonces una conversa sobre el tema en cuestión.

—¡Pero si son preciosas!

—Mamá, por favor, parecen desnutridas, como esas personas que viven en países con hambruna.

—Entonces, ¿cómo te gustan las mujeres a ti?

—Como tú, mami.

—¿Y cómo soy yo?

—«Masu'a», pulposa, gustosa, jugosa.

Esta anécdota se regó entre parientes y amigos y, durante la celebración de la Semana Santa, recibimos a una familia amiga en la granja que tenemos en Barinitas.

En la mañana del Jueves Santo servimos arepas con variados rellenos para desayunar y una de las visitas, cada vez que podía,

supervisaba las cantidades que nos servíamos y no perdía oportunidad para decirnos con risita de ardillita dientona:

—Por eso es que están «masu'os» en esta familia.

Cabe destacar que ella pidió que le sirviera un poquito de perico, media arepa sin mantequilla y café sin azúcar. Mientras todos los «masu'os» nos dedicábamos a disfrutar de nuestro plato lleno de delicias, ella hizo repetitiva una solicitud.

—¿Me dan un poquito de perico pa la arepa? ¿Me dan un poquito de arepa pa'l perico?

Al terminar el desayuno, los «masu'os» y pulposos de mi gustosa familia, nos habíamos comido cada uno dos arepas... Pero nuestra visita, no solo se comió un caldero de perico de manera fraccionada, sino cinco arepas ella sola.

Sin proponérselo, desarrolló un ritmo en su solicitud que nos nutre y adorna la vida, y cuya letra tarareamos siempre en la Semana Mayor: «Perico pa la arepa, arepa pa'l perico. Arepa pa'l perico, perico pa la arepa. Perico pa la arepa, arepa pa'l perico. Arepa pa'l perico, perico pa la arepa».

Flora Ovalles Villegas

microBiografías

Yamilet Herrera Dudamel: Comunicadora con larga experiencia en el reporterismo, es una escritora prestada al periodismo.

Isabel Caroto Correia: Estudió Letras, Cine y Televisión. Tiene una maestría en Guion de Cine y Televisión. La imagen y la palabra la seducen.

Nelson Ures Villegas: Docente y poeta, cultivador de amistades y sembrador de tradiciones.

José Matheus Briceño: Periodista, conductor de programas de televisión. Amante de la salsa brava y de la palabra viva.

Benigno Villegas Méndez: Periodista, cronista y amante de la historia cotidiana.

Freddy Uquillas Granados: Periodista, locutor y docente universitario, contar historias es una de sus pasiones de vida.

Fanny Salom Arcila: Periodista, locutora y ferviente enamorada de la palabra fecunda.

Andreína Alcántara Hernández: Periodista y docente, cultivadora del cuento breve y de la prosa humorística.

Eglée Herrera Trompetero: Periodista, locutora y docente universitaria. Amante del verbo y la palabra.

Zuraya Ramírez Dala: Docente con maestría en Educación. Autora de libros de semblanzas de sus ancestros familiares. Fue una enamorada de la buena escritura hasta sus últimos días de vida.

Zaida Pinto Ruiz: Socióloga, titiritera y descubridora de los secretos de la chocolatería artesanal. Cree en la escritura como un extraordinario vehículo para la comunicación humana.

Myriam Collantes de Terán Martínez: Filóloga hispánica, profesora de español y correctora. Hacer nuevas amistades a través de la cultura es una de sus pasiones.

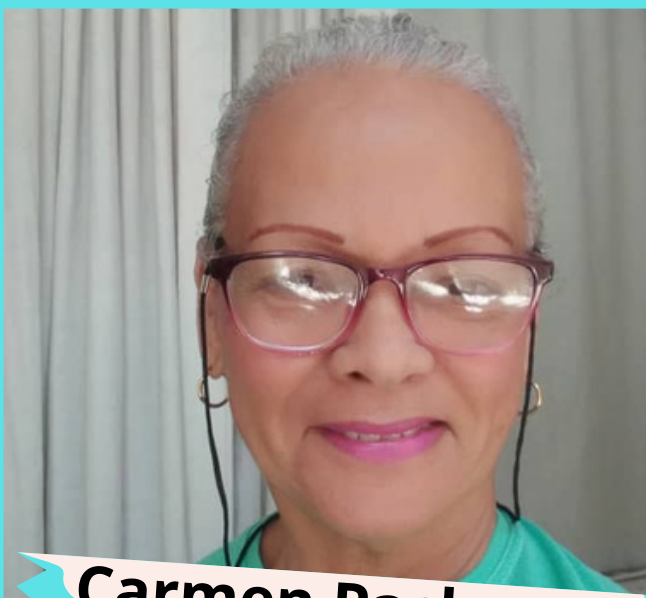
Carmen Beatriz Pacheco: Escritora de cuentos y poemas. Adora la lectura, el canto y pintar murales.

Anahil Hernández Abreu: Docente, promotora de lectura y contadora de cuentos e hilandera, puntada a puntada, de trajes e historias.

Flora Ovalles Villegas: Pedagoga, actriz, narradora oral, enamorada de la escritura, la lectura y escucha de cuentos.

Artidoro Gracia Vilches: Arquitecto mexicano egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado tres libros de poemas y relatos. El sentido del humor es uno de los principales aliados de su escritura.

Félix Gutiérrez Canelón: Periodista, aprendiz de editor y escritor de cuentos. Amante de la palabra y los libros.



Carmen Pacheco



José Matheus



Eglée Herrera



Anahil Hernández



Nelson Ures



Flora Ovalles



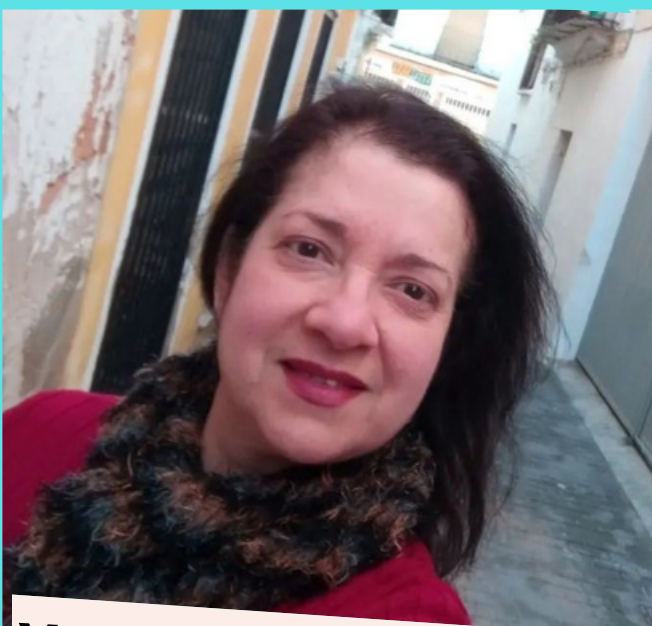
Isabel Caroto



Freddy Uquillas



Myriam Collantes



Yamilet Herrera



Zaida Pinto

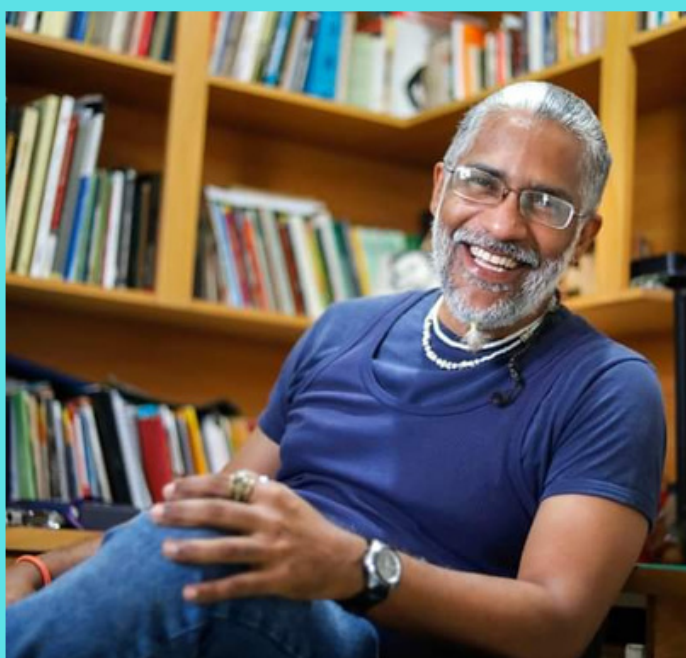


Artidoro Gracia

AUTORES



Andreína Alcántara



Félix Gutiérrez



Zuraya Ramírez



Fanny Salom



Benigno Villegas



Chigüirín

Las historias breves del libro “Relatos de Semana Santa” atesoran como trama el período que va, desde el Domingo de Ramos al Domingo de Resurrección, el cual describe los últimos días de vida de Jesús de Nazaret, el principal referente de la era cristiana.

Los ritos religiosos católicos en Hispanoamérica, América Latina y muy especialmente en Venezuela, así como nuestras particulares costumbres gastronómicas y familiares, forman parte de los veintitrés relatos de esta publicación colectiva, escrita por diecisiete autores de nuestra tribu narrativa y hermandad literaria, que opera a través del grupo de mensajería instantánea microRELATOS.

También el humor que nos caracteriza como hombres y mujeres del Caribe, es uno de los elementos presentes en esta publicación, de igual forma las tragedias humanas permeadas por el milagro.

